

punto

de PARTIDA



Poesía



Las noches de soledad

Jorge Jara Morales

Instituto Latino de México

I

Olía a almizcle la oscuridad enhiesta,
y esa noche las palomas
se ocultaban en las hojas.
Caían los ruidos del mundo
y otros, más sutiles, más despiadados,
se levantaban,
como los muertos se levantaban,
como los animales de sombra
y las estrellas y la luna,
y las ánforas de tiempo y aguardiente y sueños,
como los peces se levantaban,
como el aire;
de noche el aire
se vuelve más ligero y respirable, delicioso
como en un bosque,
y entonces podemos echarnos dulcemente a morir,
olvidando nuestras culpas,
simplemente a morir.

Para eso,
para estar tranquilos,

fue que Dios inventó la noche,
y para arder sin calcinarnos,
para confundirnos con las sombras y silencios,
con el mundo,
para desatarnos del papel de humanos.

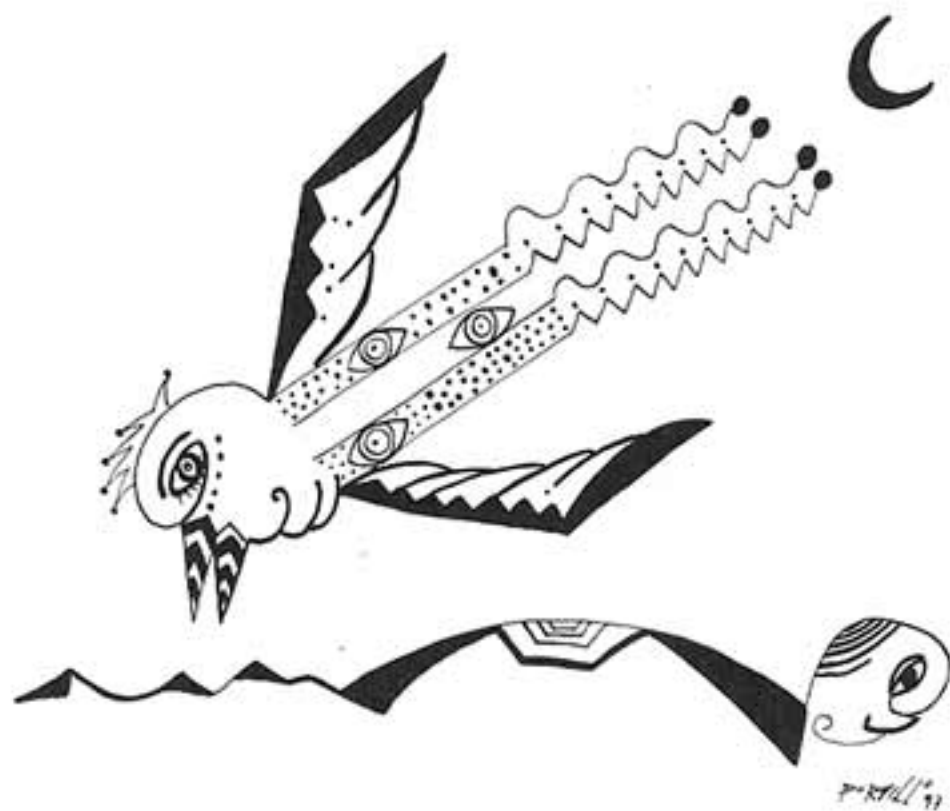
Llevaba años de estar solo,
de vivir en esa soledad
que en las estrellas nocturnas crece, se multiplica,
en esa que habla con voz oscura y honda al ancho oído
resumiendo la vida al frío y al sereno
que nos toma por sorpresa y nos empapa.
Pero nunca llega a ser cruel esa soledad,
la soledad nocturna que es, por el contrario,
maravillosa compañía consejera.

Sin embargo,
cuando más amaba esa bendita soledad,
una sombra como yo, pero distinta,
con luz propia y lacerante
en su mirada franca,
una sombra, una mujer,
rompió el sosiego
de mi amorosa alma eremita.
En ese mismo instante
me envolvió con su filo
el grito del lobo,
y lleno de miedo cerré los ojos
queriendo volver a verla.

2

Se fue la luz con el día,
y ya en aquel anonimato, me puse a pensar en ella.
Aquella falta de luz
—que nunca fue oscuridad

► 47





sino simple falta de luz—
golpeaba incesante mis miedos.

Por primera vez,
mi soledad nocturna me atemorizaba.

Cualquier día pude decir te extraño
y aparecerla,
pero no la extrañaba,
era simplemente que su visión
(mi visión de ella)
había anidado en mis ojos
y temblaba.

3

Debí saberlo,
algo en la noche me faltaba,
pero cómo adivinar que era su cuerpo.

La encontré tendida sobre la yerba,
bajo el peso de su desamparo y su nostalgia.
Al acercarme,
vi lágrimas livianas y sentidas
descendiendo de su rostro y madurando flores.
En sus manos,
los tendones agarrotados hacían visible
su renuncia al amor,
y en su pecho, torvo felino dormitando,
en su blancura y en su boca.

Te estaba esperando, dijo ella,
y respondí que lo sabía,
y tomé su mano,
y cerré sus ojos con un beso.

4

Ella no sabía que el amor
podía resucitar lo mismo que mataba.

Despertándose, despacio,
mientras con ternura curaba mis heridas,
y yo quitaba la polilla de sus alas,
su cuerpo fue soltando nuevamente su frescura
y abriendo sus bocas al deseo.

En una explosión furibunda
nuestras almas tocáronse en un punto,
y nuestras ganas,
y nuestros flujos.

En el dolor más dulce
nos prendimos al aire y elevamos,
nos desdoblamos a la atmósfera abundante
abordando un agónico animal
con trinitarias brotando de sus poros,
con un vaivén de mar inquieto
y un gemido febril y poderoso
aullado desde el vientre.

Nos venimos montados en el viento,
cabalgando el viento
nos amamos.

Nos rendimos al silencio
porque en ese momento
cualquier palabra habría sobrado.

Sólo con sangre supe que su llanto era pureza,
y un anhelo incumplido su desdicha,
y el amor que hicimos, su promesa;
era un gusano solitario
que hoy se ve y se admira,
se sabe mariposa;
era las alas del deseo,
enamorado enamorando,
germinando el amor.

5

Todo era reductible a sus pupilas,
a sus manos, altar de mis ofrendas,
a su sonrisa hermosa.

Todo se tornaba ingravido
cuando lo tocaba con la tersura de sus manos.

Todo era posible, como mirar la luna
y encontrar allí la piel perdida.
Yo solía cortar su pecho,
abrirlo con las tenazas de mis ojos
y extraer de él la maravilla.

Ya ninguna tormenta
podía apagar lo que habíamos encendido.

6

Entonces nos aficionamos al río
que bajaba desde el pueblo.
Allí pasábamos las tardes
olándonos a sándalo y a insectos
y a aves del paraíso y a eucalipto,
junto al canto de unos pájaros
que nunca pudimos encontrar.

Un día, el río —agotado— se quedó inmóvil
para retratar nuestro reflejo.

Mira, le dije, si metes tu mano al agua
brotarán de entre tus dedos, al ritmo de tu amor,
ondas que se esparcirán hasta perderse
eternamente.

—Y como el agua es el amor.

—No, como el agua eres tú,
el amor es eso que penetra
y las ondas que se esparcen
a perpetuar tu muerte.

7

Una vez
desperté solo y regresó muy tarde
con una jaula en la mano
y una rosa dentro de ella.

—A partir de hoy, esta rosa será
el símbolo del amor que nos ha unido,
y la jaula el Dios que ha de seguimos.

—¿Para qué un símbolo?

—Para que ese Dios tenga un templo
al que acudirá a adorarnos.

—¿Para qué un Dios?

Entonces plantó la rosa en el río
y se llevó la jaula muy, muy lejos,
hasta que pudo olvidarla.

8

Otra noche,
bajo la palidez más cruel que dio la luna,



en la inmensidad de la nada
y del silencio, dijimos:
al demonio los artificios,
estamos juntos,
solos con nuestro amor,
con nada más y contra nada,
estamos solos
tú y yo
(desde la oscuridad,
el coro de la multitud se levantó
para clamar:
Amén).

9

Lo supe mientras dormía.
En mi sueño,
una estrella como un pegaso
bajó,
y con resplandor insoportable
lanzó un rayo al vientre de ella
dejándole tatuada una manzana.
Horas después, al despertar,
lavé su estómago con agua,
no bendita pero pura,
y puse un beso donde antes
el rayo le había puesto la manzana.
Iluminó mi rostro con la luz de su sonrisa
cuando escuchó a mis labios anunciarle:
tendremos un hijo, amada mía.

10

Soledad

Así la llamamos,
y hoy asiste al jardín de niños
con otros niños que no la escuchan.
¿Quién iba a escuchar a una negrita
que cuenta cuentos de pegasos
y mujeres con serpientes por cabello?
¿Quién iba a escucharla,
quién iba a quererla tanto?
Sin embargo, algo en la luna y en el sol,
y en la aurora diaria y en el viento,
algo en mis sueños
me dice que han de quererla.
(¿La habrán de querer?)

¡Bienaventurado aquel
que a un ángel quiera! ☉

